



Fernando Barrera D'Amico, nacido en Montevideo (Uruguay). Hijo de Félix Barrera Peña, nacido en Triquivijate (Antigua – Fuerteventura, y de M^a Rosa D'Amico Luzardo, natural de Montevideo (Uruguay)

Residente en Puerto del Rosario desde el año 1967, solo pretende divulgar la vida, tal y como él la vio... tal y como él la vivió, en un Puerto del Rosario de finales de los años 60 y principios de los 70

SIN UN ADIÓS, cuenta la historia de una familia, qué debido al retorno del cabeza de familia (un emigrante canario) a su tierra, se ven obligados a abandonar la tierra natal para enfrentarse a un futuro incierto. Parten de una capital con casi un millón de habitantes con destino a un pueblo que no supera las 2.500 almas, con una cultura totalmente diferenciada a la de ellos... con una manera de vivir totalmente nueva para ellos, a la que poco a poco se tendrán que ir acostumbrando... y poco a poco tendrán que ir aceptando su destino.

La historia es vista a través de los ojos de un miembro de la familia, un niño de 9 años.

©Copyright 2009

SIN UN ADIÓS

SIN UN ADIÓS

Autor: Fernando E. Barrera D'Amico



Puerto del Rosario 1966

Desde Uruguay a Fuerteventura... finales de los años 60... el retorno de un emigrante canario visto a través de los ojos de su hijo... un niño de 9 años.

Sin un adiós

Autor: Fernando Barrera D'Amico
Editor: Bubok Publishing S.L.
Depósito Legal: PM 670-2009
ISBN: 978-84-9916-042-9

NOTAS DEL AUTOR

Al ser personajes venidos de tierras uruguayas he tenido que hacer notar, mediante letras cursivas, aquellas palabras que deben acentuarse con una pronunciación uruguaya, haciendo uso, al mismo tiempo, de tildes en palabras que, por su sintaxis, no se tienen que colocar, pero que fueron colocadas para un mayor entendimiento del lector.

Al mismo tiempo, las palabras y expresiones típicamente canarias, y alguna expresión o palabra uruguaya, van acompañadas de un asterisco anunciándonos que, al pie de esa misma página, encontraremos su significado o explicación.

Este mismo sistema se utiliza para explicar, también a pie de página, juegos infantiles de aquella época y qué, ocasionados por la situación, se irán encontrando a lo largo de la novela.

Esta novela se la dedico a la memoria de mi padre, D. Félix Barrera Peña.

CAPITULO I

Suena el despertador, 6 de la mañana, día frío y húmedo, estamos en invierno, sábado 24 de junio de 1.967, Montevideo, Uruguay. La voz de mi padre resuena en toda la estancia.

- ¡Arriba!, nos espera un largo día, hoy partimos para mi tierra... hoy... nos vamos para España.

Mi padre lleva mucho tiempo esperando este día, desde que desembarcó del Buque-Escuela Juan Sebastián Elcano, allá por el año 1.950 en Brasil, donde cumplía el servicio militar, él y unos amigos decidieron quedarse en Brasil en busca de una vida mejor y así evitar el hambre y las necesidades que se sufría en la posguerra española.

Con fecha 30 de enero de 1964 el gobierno español, aprobó el Decreto de Indulto. Mi padre aprovechó esta ocasión, y con fecha 20 de diciembre de 1966 solicitó el indulto, que le fue concedido, provisionalmente, el 11 de abril de 1967, seguidamente solicitó la repatriación para él y toda su familia en el Consulado Español, ante el Ministro Plenipotenciario encargado de los asuntos consulares de España en Montevideo D. José Luis Ochoa y Ochoa. Fruto de estos trámites, mi padre, por fin, puede regresar a España, y se programa la salida de Montevideo con destino a Las Palmas de Gran Canaria para el día 24 de junio de 1.967 a las 17:00 horas a bordo de la Motonave Yapeyú de bandera Argentina.

La euforia que embarga, a mi padre, es notoria, no ha podido pegar ojo en toda la noche.

Mi madre se acerca al despertador y detiene su estrepitoso ruido. El despertador se encuentra en la mesita de noche que separa la cama de mis padres con la cama en la que mi hermana y yo dormimos. Somos tres hermanos, mi hermana Susana que cuenta con 13 años, mi hermano Eduardo con 5 años y yo que tengo 9 años y me llamo Ernesto, mi padre se llama Eduardo y mi madre... Nelly.

Miro a mi madre mientras se aleja en dirección a la cocina, es hora de preparar el desayuno, recorro con mi mirada toda la habitación. Llevamos 4 años viviendo en esta casa, una habitación de aproximadamente 40m² que mi padre dividió en tres partes con tabiques de cartón-piedra, En la primera división, que da a la entrada de la calle, está el kiosco, donde mi madre vende periódicos y revistas mientras que mi padre se recorre las calles para su venta ambulante o los reparte a los clientes abonados... es el negocio de mis padres. La división más grande es para la sala de estar/comedor/dormitorio, y, lindando con el kiosco y con la sala de estar, se encuentra la cocina, donde mi madre está, en estos momentos, preparando el desayuno.

Nos levantamos, y antes de vestirnos, desayunamos, a continuación mi hermana ayuda a mis padres sacando las maletas y el baúl, donde están todas nuestras pertenencias, las que nos vamos a llevar para España, el resto, dos camas y unos enseres de cocina, mi padre ya los tiene vendidos y vendrán a buscarlos esta misma mañana, se ha pasado los últimos dos meses llevando todo el mobiliario y enseres de la casa a un local que se dedica a las subastas de todo tipo.

Estamos todos en la calle esperando la furgoneta que nos va a llevar hasta el barco, mientras esperamos, mi hermana, recorre en silencio la acera de nuestra calle, mira con tristeza las casas, mi madre nos había dicho que no podíamos despedirnos de nadie, que tenía que ser todo secreto, y, así nos encontramos, a las 8 de la mañana de un día frío, y sin un adiós de nadie, la única suerte que tengo es que, antes de irnos, podré despedirme de esos amigos, de nuestra misma calle, cuando pasen camino al colegio, al resto solo puedo dedicarles un recordatorio en silencio. En mi caminar por la acera llego a la esquina, vivimos en la calle Yaro a nuestra derecha está la calle Constituyente y a la izquierda la calle Andresito Guacararí, esta última, es una calle cortada con un gran garaje al fondo, en esta calle pasé estos 4 últimos años jugando con todos los

niños de este barrio, miro la calle por última vez, vacía... silenciosa... al girar la cabeza a mi izquierda veo que la panadería Montevideana está abierta, entro en ella por ver si los hijos del panadero están ahí, pero solo me encuentro al dependiente, le saludo y le doy la noticia de que nos vamos a España, desde que llegamos al barrio siempre le he visto trabajar ahí, sale del mostrador, me da la mano y me desea suerte, luego se acerca hasta la puerta de mi casa y se despide del resto de la familia, en ese preciso momento llega el furgón, me apresuro para estar al lado de mi padre y subir en él, pero es el coche que se va a llevar el resto de los muebles, bajan dos hombres y saludan a mis padres, acto seguido, se ponen manos a la obra, en el momento que terminan y se disponen a marchar, llega el transporte que nos llevará hasta el barco, un peugeot 404 de color gris tipo “ranchera” la parte trasera la tiene protegida con un toldo de lona. Se cargan las maletas, el baúl y continuación subiremos mi hermana y yo, mi hermano, por ser pequeño, irá sentado con mis padres en la cabina del vehículo, cuando me dispongo a subir veo que los hijos de los panaderos salen de su casa para ir al colegio.

- Papá, ¿puedo ir a despedirme de Roberto y de Raúl?

Mi padre levanta la mirada hacia la panadería y me dice.

- Sí, pero no te *entretengás*, el barco no espera.

Me apresuro para interceptarlos antes de que suban al coche de su padre.

- ¡Roberto!, ¡Raúl!, – les grito mientras me acerco – nos vamos a España.

- ¿Cuándo? – pregunta Raúl.

- Ahora mismo subimos al coche que nos llevará hasta el barco.

- ¿Cuánto tiempo... ya no *volvés*?

Roberto es de mi edad, su hermano a punto de cumplir 7 años, vio desde la ventana, de su casa, como cargábamos los bultos en el coche.

- No lo se Roberto, supongo que si. *Despedime* del resto del barrio, no me dio tiempo de nada, me enteré anoche del viaje – mentí.

En esos momentos sale de su casa, que está junto a la mía, Alberto. Alberto tiene 16 años y se dispone a ir a su trabajo. Con él voy a todas partes, siempre que tiene que salir para hacerle algún recado a su madre o hermanos (es el mas pequeño de 7), habla con mi madre para llevarme con él.

- Hola Alberto. – Le digo mientras le salgo al paso. – Me voy a España.
- Lo se. – Me contesta al tiempo que me da un abrazo y me restrega su puño por la cabeza.

No me extraña que lo sepa, es un buen amigo de la familia.

- No te *preocupés*, antes de que salga el barco estaré allá para despedirme. – Me asegura.
- Adiós Roberto, adiós... Raúl.
- Adiós Nano, *escribí*. – Me contestan a la vez.
- Así lo haré, en cuanto llegue les enviaré la primera carta para contarles como es aquello.

Ya no hay más tiempo, mi padre hace un gesto y ayuda a mi hermana a subir a la parte trasera del coche, a continuación me aupa y me coloca junto a ella.

- *Sentáte* acá. – Me dice al tiempo que señala un lateral del vehículo donde hay una tabla en forma de banco. – Y, vos acá. – Le dice a mi hermana. – No se levanten en todo el trayecto, pueden caerse... ¿de acuerdo?

Los dos asentimos con la cabeza, suben la portezuela del coche y se dirigen a la cabina, mientras, veo como Alberto camina hacia su trabajo, mirando de vez en cuando hacia nosotros. Se pone el coche en marcha... arrancamos... nos vamos.

En silencio, mi hermana y yo, vemos como nos alejamos del barrio... ese barrio, que por tener la edad que tengo, puedo decir que he pasado la mitad de mi vida entre sus calles. No decimos nada en todo el trayecto, el silencio solo es interrumpido por el sonido del motor del coche y del bullicio de la ciudad, una ciudad que hace poco que está despertando y sus calles empiezan a llenarse de vida como cualquier día.

Entramos en el dique de atraque y el chofer nos lleva hasta la misma escalinata del barco.

Son las 10 de la mañana, mucha gente hace cola para subir, todos cargados de maletas, mucho griterío, madres llamando a sus hijos para que no alejen mucho de su lado, gente despidiéndose entre sollozos, gritos de angustia, pena. Toda la situación es deprimente. Nos colocamos en la cola y empieza nuestra marcha hacia el barco.

- Mamá. ¿vamos a subir al barco ahora?
- Si, nos acomodamos y luego bajamos para despedirnos de la familia, van a venir tus tíos y algún familiar más, también dijo Alberto y alguno de sus hermanos que vendrían en cuanto terminaran el trabajo.

La respuesta me tranquilizó, pensé que no iba a poder despedirme de mis tíos y primos, pensé que ese mutismo creado alrededor de nuestra partida había impedido comentarle a la familia nuestra marcha.

Por fin, después de casi dos horas de cola llegamos a los pies de la escalinata, ya falta poco para entrar en el barco.

Al entrar al mismo les piden la documentación y los pasajes a mis padres. Mi padre saca un sobre donde tiene todo preparado y la

entrega, nos busca en una lista muy grande de varias hojas. Le devuelve la documentación y dice:

- Su señora con su hija y con su hijo menor tienen que ir a un camarote destinado a las mujeres. Usted y su otro hijo a otro destinado a los hombres... y no se preocupe, después de zarpar, con mas tranquilidad, se redistribuirían los camarotes y uniremos a las familias, que podrán mudarse mañana mismo.

Mi padre asiente y con las llaves en mano, de los dos camarotes, primero nos dirigimos a donde van a pernoctar mi madre y mis hermanos, les ayudamos a acomodarse y luego nos dirigimos al nuestros, nos acomodamos y una vez preparado todo nos juntamos en el comedor, es hora de la comida... casi la 1 de la tarde.

- Allá está mamá. – le digo a mi padre, señalando para un lateral de la puerta de entrada al restaurante.

Nos acercamos a ellos y entramos, buscamos un sitio para sentarnos.

Las mesas del comedor son alargadas, llegan desde la pared hasta el pasillo central y en cada una de ellas caben 20 personas, 10 por cada lado. Coincidimos con un matrimonio que también va a Canarias, pero ellos se quedarán en Las Palmas.

Nos dan una carta donde se tienen que elegir dos platos y postre del menú, mientras esperamos a que nos sirvan el primer plato, mis padres, comienzan a relacionarse con el resto de los comensales de esta mesa, una vez finalizada la primera comida en el barco, pasamos por los camarotes para coger las cosas de aseo, los baños son comunitarios y se encuentran en mitad de los largos pasillos que conforman la zona de camarotes y en cada una de las entradas de estos pasillos. Nos preparamos y bajamos del barco para poder despedirnos, son casi las 2 y media de la tarde y a las 4 tenemos

que estar a bordo tal y como nos advirtió, cuando salíamos, el tripulante que se encuentra en la escalerilla.

Aun sube gente, así que, bajamos con cuidado para no tropezar, una vez en tierra buscamos a la familia, no tuvimos que buscar mucho porque están casi a pie de escalerilla.

Mi tía y mi tío, mis primos y unos pocos amigos de papá y de mamá... pero, Alberto no está. Mientras que mis padres y mi hermana hablan con todos ellos, yo miro hacia el lugar por donde habíamos entrado esperando a que aparezca.

Mi hermano está de la mano de mi madre y yo de mi padre, le tengo agarrada la mano izquierda y mis ojos no se apartan del reloj. Ya hace casi media hora que estamos con la despedida y Alberto no llega.

- Mamá, Alberto no viene – le digo con signos de tristeza.
- No te *preocupés*, sale de trabajar a las 3 de la tarde, tiene que pasar por su casa para recoger a su hermano y venir, tienen que estar a punto de llegar.

Casi media hora después por fin le veo llegar, me suelto de la mano de mi padre y corro a su lado.

- ¡A donde vas! – Me grita mi padre, pero al levantar la mirada ve la llegada de Alberto, ya no se preocupa y sigue con su charla.

Viene caminando y le acompaña su hermano.

- Pensé que no venías. – le digo.
- Hemos tenido que dejar el coche en la entrada. ¿Qué tal estás? ¿nervioso?

No se que contestarle, solo me encojo de hombros, realmente no se porque tengo que estar nervioso. Llegamos a la altura donde se encuentran mis padres y comienza a hablar con ellos, yo no le suelto la mano.

Entre charla y charla se va pasando el tiempo y está llegando la hora de subir al barco, mi madre se abraza a su hermana y las dos lloran, mi hermana llorando por otro lado, mi padre, disimulando, pero se le ve también muy triste, mi hermano y yo no nos enteramos de nada... ¿Por qué llorarán?, me pregunto

- Nano. – Me llama Alberto, todos me llaman con este apodo – cuando estés en el barco, y, mientras se va separando del atraque, *silbá* lo más fuerte que *podás*, yo haré lo mismo hasta que ya no nos podamos oír.
- De acuerdo. – le contesto

Cuando me llevaba, en las noches de carnaval, a las fiestas de barrio donde se montaban tablados para la actuación de las murgas y colectivos carnavaleros, nuestra pandilla se mezclaba con la gente y silbábamos para encontrarnos, el silbido es fuerte y penetrante, el sistema consiste en meterse dos dedos en la boca sobre la punta de la lengua doblada hacia atrás y soplar.

Llega el momento de subir al barco, todo son besos, abrazos, llantos... subimos y nos colocamos en cubierta, seguimos con la charla aunque ahora hay que gritar bastante, mientras suben la escalerilla y desamarran el barco.

- ¡¡No te *olvidés*, Nano... *silbá* mientras *oigás* mi silbido!!
- ¡¡No te *preocupés*, me desinflaré silbando!! – respondo con una sonrisa

El barco empieza a separarse del atraque, nos despedimos con el brazo en alto, nuestras voces ya no las oyen. Suena el primer silbido... le contesto. Poco a poco vemos como se va alejando el barco del muelle, ya no diferenciamos las personas que están sobre él... yo, mientras, silbo cuando oigo un silbido... hasta que el frío y los ruidos de a bordo, así como el murmullo de tanta gente que hay aquí en estos momentos, no me dejan oír los silbidos. Entramos, el frío es muy intenso y no se puede estar en cubierta. Mientras

entramos nadie dice nada, mi madre está ensimismada en sus pensamientos, mi padre está viendo como su sueño empieza a hacerse realidad y no puede hablar por la emoción que le embarga, mi hermana aun tiene lágrimas sobre sus mejillas, mientras que mi hermano y yo guardamos silencio para no interrumpir el momento.

- Papá, ¿Cuándo volveremos? – le pregunto.
- No creo que volvamos, estos viajes son muy caros, y nuestra idea es ir a vivir a las Islas Canarias, cuando *seás* mayor *podés* planear volver.

Ahora entiendo la despedida, eso significa que no voy a ver más a mis amigos, no me he podido de despedir nada más que de 3, muchos más se enterarán de mi partida cuando llegue Alberto al barrio, y otros, preguntarán cuando noten mi ausencia. Pero... y mis amigos del colegio... ¿Qué pensarán ellos?, dejarán de verme y no sabrán nada más de mí. Me he marchado si decirles tan siquiera... adiós.

CAPITULO II

Las luces de Montevideo se simulan intermitentes en el horizonte, sentados en la cafetería observamos, por la ventana, como nos alejamos, lentamente, de tierra firme la cual se nos presenta como fino hilo en el horizonte.

- Voy a recepción para preparar el cambio de camarote de mañana. – Dice mi padre.
- Te espero acá con los niños. – responde mi madre.
- ¿Te puedo acompañar? – pregunto
- Si, vamos, dale la mano a tu hermano, va con nosotros también.
- Nosotras te esperamos acá, *tené* cuidado con los niños, hay mucho ajetreo y tengo miedo que se pierdan.
- No te *preocupés*, – le contesta mi padre – vamos.

Agarro la mano a mi padre, le doy la mano a mi hermano, comenzamos a caminar hacia la recepción del barco que se encuentra una cubierta más abajo.

Mientras mi padre hace cola esperando turno en el mostrador de recepción, mi hermano y yo comenzamos a explorar la zona.

La recepción está en la cubierta 3, es una gran sala de estar, en uno de sus lados y frente de recepción, se encuentra la caja de escalera y los ascensores que nos llevan a las diferentes cubiertas, por ellas hemos bajado de la cafetería, a la izquierda de la caja de escalera se encuentran varios sofás y sillones haciendo juegos de tres con unas mesitas de centro, hay unos ojos de buey por donde se ve el mar, a mano derecha otro juego de sillones a modo de salita de estar con su mesita central, a continuación un pequeño mostrador con una ventanilla, es la oficina de información de excursiones, seguido unas mesas con folletos de información de los puertos de escala que vamos a tocar durante la travesía. Frente a la caja de escalera se encuentra el mostrador de la recepción, no es muy grande, hay tres personas sentadas tras él, a ambos lados de recepción hay sendos pasillo que conducen a los camarotes de la cubierta 3, hay

camarotes a ambos lados de cada pasillo, en el centro del recorrido de los mismos se encuentran los baños a los que se pueden acceder por los dos pasillos, al fondo de los pasillos se encuentran otros baños con la misma peculiaridad de tener dos puertas de entrada, una para cada pasillo.

Todo el suelo está enmoquetado, la de los pasillos es de color marrón clarito con estampados de un color marrón fuerte, la sala de la recepción tiene una moqueta con el dibujo del globo terráqueo que ocupa casi todo el suelo y en el centro del mismo... la rosa de los vientos, que ocupa la parte central del hall.

Al llegar junto a mi padre veo que ya está tramitando los preparativos para el cambio de camarote del día siguiente. Una vez finalizada toda la tramitación, volvemos a la cafetería para encontrarnos con mi hermana y con mi madre.

- Ya tenemos camarote, es el 212, está en la segunda cubierta, mañana después del desayuno hacemos el traslado. – dice mi padre mientras se sienta junto a mi madre.
- Una cosa solucionada, – dice mi madre con un tono de voz cansado por la situación – ¿has encontrado algún planito del barco y los horarios?
- Me los dieron en la recepción, nuestro camarote está en la 2ª cubierta, la recepción en la 3ª cubierta, las cafeterías, restaurante, bazares, sala de cine, sala de fiesta... ocio en general en la 4ª cubierta, el solárium, bar terraza y la piscina en la 5ª cubierta, en la 6ª cubierta se encuentra una pista para hacer gimnasia.

Con respecto a los horarios, tenemos: el desayuno desde las 8 de la mañana hasta las 10; la comida es a la 1 de la tarde, el primer turno, y a las 3 el segundo, estamos en el primero; la merienda desde las 5 de la tarde hasta las 7; la cena a las 9 de la noche, el primer turno, y a las 11 el segundo, también dos turnos, estamos en el primero.

Al terminar de decir esto, levanta la cabeza del programa que está leyendo, mira la hora y añade:

- Son las 8 y media, vamos al camarote para cambiarnos de ropa, para estar más cómodos, e ir a cenar. ¿de acuerdo?
- De acuerdo. – dice mi madre.

Nos levantamos todos y nos dirigimos a los camarotes, mi madre con mi hermana está en la segunda cubierta, y mi padre y yo en la tercera. Quedamos en vernos en la puerta del restaurante al igual que hicimos a la hora de la comida.

Una vez en el comedor, nos volvemos a sentar en el mismo sitio que en la comida, coincidimos con el matrimonio que tiene como destino Las Palmas.

El se llama Pepe, su esposa... Diva y sus dos hijas: Carmen y Lourdes. Carmen tiene la edad de mi hermano más o menos y es la mayor, Lourdes tiene 2 años.

Una vez finalizada la cena, nos dirigimos a la cafetería y alrededor de las 10 y media de la noche mis padres deciden llevarnos a dormir.

Llegamos al camarote, tiene dos literas una a cada lado, a continuación de cada litera un ropero empotrado y en el centro del camarote, empotrada a la pared, una mesita cajonera con un hueco en su parte superior donde hay una palangana de color blanco, junto a ella una jarra metálica, de color blanca también, para llenarla de agua, así no es necesario salir del camarote para lavarse las manos o la cara, encima de este mueble hay un ojo de buey, a la izquierda y en la esquina del camarote, hay una especie de cajón cuadrado, de hierro, de aproximadamente un metro de altura por 50 centímetros de lado con una tapa cogida al mismo con unas bisagras, este cajón esta soldado al barco como si formara parte de la estructura del mismo, encima de este cajón hay un cartel que dice: "BASURA", en su lateral derecho sale una palanca a modo de pedal, que cuando se acciona empujándola hacia abajo con el pie,

se abre el suelo del cajón dejando caer la basura a las entrañas del barco, un sistema muy rudimentario.

Me preparo para acostarme, pido la parte alta, me acuesto, a continuación mi padre se empieza a preparar, estoy rendido... me quedo dormido antes de que mi padre se acueste, al siguiente día me entero que, en cuanto me dormí, salió del camarote para encontrarse con mi madre y los nuevos amigos de comedor, estuvieron charlando hasta altas horas de la madrugada.

La noche se hace eterna, – pienso – aun es de noche y ya estoy despierto, miro en la litera de abajo, a la mía, ahí está mi padre, o al menos eso creo, se dibuja un bulto bajo la ropa de cama. Intentaré dormirme otra vez... se oye el ruido del motor del barco, lejos, pero retumba en el silencio de la noche... cierro los ojos e intento dormirme.

Cuando los abro nuevamente, ya entra la luz del sol en el camarote a través del ojo de buey, miro a mi alrededor, todas las camas están vacías, las sábanas revueltas, me encuentro solo. Estoy un poco desorientado y asustado, esto es nuevo para mí.

Espero no estar solo en el barco. De un salto me pongo en el suelo, busco mi ropa y comienzo a vestirme lentamente, haciendo tiempo a ver si aparece mi padre, me acerco al ojo de buey para mirar, no se ve nada mas que agua. Me vino a la mente lo que mi padre me había dicho el día anterior, *“No creo que volvamos, estos viajes son muy caros, y nuestra idea es ir a vivir a las Islas Canarias, cuando seas mayor podés planear volver”*, esas palabras dan vueltas en mi cabeza.

¿Habrán preguntado por mí los del barrio cuando ayer vieron que no aparecía a jugar? ¿Qué habrá pasado en el colegio?... Héctor mi compañero de pupitre, llevamos 4 años sentándonos juntos... no me despedí de él... en realidad, no me despedí de nadie.

No ha pasado un día y ya les echo de menos, supongo que será porque se que no volveré a verles más.

- Buenos días dormilón. – dice mi padre desde la puerta del camarote.
- Hola papa, no te había oído.
- ¿En que *pensás*?
- En los compañeros del colegio, hoy tenemos partido y no voy a estar, espero que encuentren a alguien que me sustituya.
- No te *preocupés*, – me dice – seguro que encontrarán a alguien. Ven, *sentáte* a mi lado, – al mismo tiempo se sienta en la litera donde había pasado la noche, y da unas palmaditas en la cama a modo de indicarme donde sentarme – Tu madre y yo hemos estado muy atareados con el tema del viaje y no hemos tenido un hueco para tener una charla con vos.

Verás... este viaje es algo que estábamos persiguiendo desde hace mucho tiempo tu madre y yo, pero no se podía hacer sin la ayuda consular, ahora viajamos con pasaporte español y entraremos en España como españoles. Se que todo esto te obliga a dejar a tus amigos, a tu barrio, compañeros de colegio, entiendo que vas a tener un cambio importante en tu vida, pero, tenemos que hacerlo. Allí vas a encontrar a tu abuela, tíos... primos, encontrarás nuevos amigos, nuevos compañeros de colegio, en poco tiempo te adaptarás a tu nueva vida, ya verás como es así.

Se hizo el silencio en el camarote, lo rompo con mi sollozo, me acabo de dar cuenta la importancia de este viaje, lo que va a cambiar la vida de todos, no solo la mía. Mi padre me abraza y guarda silencio, deja que me desahogue, levanto la cabeza y le miro a los ojos, él... también llora.

- Vamos, – me dice – hay que desayunar y mudarnos de camarote.
- Vamos. – respondo, mientras me levanto.

Nos dirigimos hacia el restaurante, allí espera el resto de la familia.

Una vez finalizado el desayuno mis padres se van a la mudanza del camarote, mientras mis hermanos y yo nos vamos a conocer el barco.

- Lo primero que haremos es bajar hasta que lleguemos al sótano - dice mi hermana

Bajamos hasta que se acabaron las escaleras enmoquetadas, ahora solo hay una escalera que parte de una puerta de hierro con una manivela en el centro, es una escalera bastante empinada, desde la mitad del tramo de bajada, podemos ver la sala de maquinas, un miembro de la tripulación nos advierte que esta zona es solo para personal autorizado y nos indica que subamos y salgamos de allí, damos la media vuelta y subimos la escalera hasta el rellano enmoquetado de la zona de clientes. En esos momentos mi hermana dice:

- Bien... hemos llegado hasta el sótano, ahora empezaremos a subir explorando todas las cubiertas.

Tenemos el plano que le habían entregado a mi padre en la recepción y nos dedicamos a recorrer cada uno de los rincones del barco, incluso en aquellos que hay un cartel con la siguiente frase “SOLO PERSONAL AUTORIZADO”, en nuestra excursión entramos en la cocina. Ahí conocemos a Adelita, una de las cocineras, es muy simpática con nosotros, charlamos un ratito con ella y seguimos con nuestra exploración. Llegamos a la zona de la piscina, y del bar terraza, el día es fresco, no tan frío como el día anterior, las instalaciones de la piscina se encuentran vacías, nadie tiene vestimenta de verano, aun vestimos ropa de invierno, aunque con tanta escalera nos quitamos los abrigos y los llevamos amarrados en la cintura, aun falta una cubierta más, es la que está cerca de las chimeneas, descubrimos que allí hay una pista para correr, donde la gente puede hacer footing alrededor de ellas.

Mi hermana da por terminada la excursión y nos dirigimos a la segunda planta, donde está el camarote 212.

Allí están mis padres colocando todo y preparando lo que va a hacer nuestro dormitorio los próximos 14 días, tiempo que dura la travesía hasta nuestro destino.

- Hola – decimos al unísono cuando entramos en el camarote.
- ¿Ya estamos mudados? – pregunto.
- Sí – responde mi madre – ¿Por qué no te vas con tu padre a enseñarle el barco mientras, Susana y yo, terminamos de colocar la ropa que vamos a usar estos días?
- ¿nos vamos papá?
- Vamos Eduardo, vamos Nano. – dice mi padre

Salimos del camarote en dirección a la recepción, una vez allí, nos encontramos con la pareja, amiga de mis padres.

- Hola Pepe. – saluda mi padre.
- Hola Eduardo – Contesta
- Hola. – contesta su señora.

Charlan mientras caminamos hacia la cafetería, al mismo tiempo, su hija mayor y nosotros, charlamos también para conocernos un poco más, Pero dada la corta edad de ambas, le digo a mi padre.

- Papá, Eduardo y yo nos vamos a dar un paseo por el barco, mientras estás acá.
- *Tené* cuidado. – responde mi padre. – los quiero ver a la hora de comer, acá les espero para ir juntos al comedor.

Mi hermano y yo salimos de la cafetería sin rumbo fijo, solo a caminar por el barco.

Esto va a ser muy aburrido, pienso.

Al siguiente día hay un calor sofocante, hemos pasado de un invierno crudo a un verano abrasador en menos de 24 horas.

Después del desayuno vamos al camarote para prepararnos e ir a la piscina, pero no se ha previsto esto y no tenemos traje de baño, así que nos tenemos que conformar con mirar como los demás se divierten en la piscina. Pero mi padre lo soluciona, nos trae unos pantalones cortos y nos dice:

- A bañarse.
- ¿Con pantalones? – pregunto atónito
- Que importa. A divertirse.

No nos habíamos bañado en la playa nunca con ropa, me siento raro. Intento divertirme un poco, aunque la vergüenza me impide soltarme libremente dado que todos tienen la vestimenta adecuada, los únicos que no encajan, en este lugar, somos nosotros.

Vaya viaje me espera, sin traje de baño, sin amigos, vaya aburrimiento.

Hoy toca simulacro de naufragio. Sobre las 5 de la tarde suena la alarma y las sirenas del barco, los mayores están avisados, pero nadie se acordó de avisar a los niños.

Mi hermano y yo estamos jugando en cubierta cuando suena la bocina. Con el susto en el cuerpo llegamos al camarote donde esperan nuestra llegada, rápidamente nos ponen los chalecos salvavidas y subimos a cubierta. Allí se empieza a aglomerar la gente. Todos hablan, parecen tranquilos, solamente los niños estamos callados, el nudo de miedo que se nos ha formado en la garganta nos impide hablar. Nos instruyen para que, en caso de naufragio, supiéramos, en todo momento, como actuar. Estamos al pie del bote salvavidas que tenemos asignado y la charla la dirige el patrón y el timonel del mismo.

Una vez terminado, nos volvemos todos al camarote para quitarnos el chaleco salvavidas y... seguir con el aburrimiento.

Tercer día de travesía, el calor es sofocante, este día es diferente, tenemos escala en Santos (Brasil), llegaremos sobre las 9 de la mañana y zarpamos alrededor de las 6 de la tarde, tendremos tiempo de caminar por sus calles.

En este puerto fue donde mi padre desembarcó del Buque-Escuela Juan Sebastián Elcano y no regresó, los recuerdos le machacan su cabeza.

Desayunamos, nos preparamos y bajamos al puerto. Mi padre hace de guía, mientras paseamos por los alrededores del puerto, él, nos va relatando su aventura, una aventura que le llevó a estar 17 años fuera de su casa y ser considerado un desertor.

Después de tanto caminar, pasamos por la parada de un autobús de línea urbana, en estos momentos se encuentra uno en la parada cargando pasajeros.

- Vamos – dice mi padre – subimos en él y hacemos un recorrido turístico hasta el final de la línea, donde nos subimos a otro que nos traerá, nuevamente, al puerto, no sin antes darnos un recorrido largo por la ciudad de Santos... un recorrido turístico y barato.

Después de la excursión y al llegar nuevamente a la zona de atraque, mis padres hacen unas compras, más que nada souvenir, es la primera vez que oigo esta palabra, y aprovechan la ocasión para comprarnos unos trajes de baño. Esto ya me alegra un poco, ahora puedo ir a la piscina sin complejos.

- Subimos al barco – dice mi madre – tal vez nos dejen entrar a comer en el segundo turno, aun son las 2 y media.

Nos dirigimos al barco, entramos en el segundo turno de la comida. Esta tarde me la paso en la piscina. Aunque sigo solo con mi hermano.

A las 7 de la tarde hay misa en el comedor, el párroco forma parte de la tripulación. Yo había sido monaguillo, así que voy a preguntarle si necesita ayuda, al menos tendré una ocupación que evitará el aburrimiento cuando no estuviera en la piscina.

Una vez terminada la misa, paseo con mis padres por la cubierta... cafetería... cena... y a la cama, ya me veo venir el resto del viaje de la misma manera. No dejo de pensar en el aburrimiento que me espera.

El día siguiente es casi lo mismo, desayuno, piscina, comida, piscina, merienda, misa, paseo, cena y a dormir.

En el quinto día de la travesía hay otro cambio, hacemos escala en Río de Janeiro. Al igual que en Santos, bajamos después del desayuno, pero esta vez, mis padres, alquilan un taxi y vamos a pisar la playa Copacabana, a continuación nos dirigimos a visitar la estatua de Cristo Redentor que está situada a 709 metros sobre el nivel del mar, y se divisa toda la ciudad de Río de Janeiro, está en la cima del Cerro del Corcovado, la visita es muy rápida, regresamos antes de que terminara el turno de la merienda. Al menos rompemos un poco con la monotonía que se está formando en nuestra estancia en el barco.

En esta escala sube como pasajero Olegario, un niño de 11 años que se va a hospedar en el camarote 211, frente al mío, también tiene como destino España, aunque no se a que lugar en concreto, tampoco le pregunto, tan solo con saber que voy a tener a alguien con quien jugar durante el trayecto es suficiente para mi.

Hemos hecho buenas migas, nos pasamos todo el viaje siendo inseparables, solo para comer, cenar y dormir tenemos que separarnos, incluso la merienda la hacemos juntos en el restaurante. Mi hermano Eduardo, forma parte de nuestros andares por el barco. Mi hermana ha encontrado, en Alicia, a su amiga de viaje. Alicia es una chica de un año menos que Susana, se sienta a su lado en el

restaurante y han congeniado, también se han convertido en inseparables. Mis padres por su parte han hecho su círculo de amistades.

Se puede decir que estamos todos encajados y preparados para la gran travesía que nos espera. Una vez que abandonásemos Río de Janeiro no veremos tierra firme hasta llegar a Las Palmas, 9 días viendo solo cielo y mar.

Tan solo un día rompe la monotonía de la travesía. Cuando hicimos escala en Santos se había infiltrado un polizón, qué fue descubierto días mas tarde de nuestra partida de Río, así que cuando estamos a mitad del Atlántico y aprovechando el cruce con un barco de la misma compañía que va rumbo a Brasil, aprovecha la tripulación para desembarcarlo y embarcarlo en el barco de regreso. Todos hablan de lo que le espera al muchacho cuando llegue a tierras brasileñas, comentan lo duras que son las autoridades con las personas que perpetraban este tipo de delito.

Después de esto, no ocurre nada más en todo el viaje, todos los días igual: desayuno, piscina, comida, piscina, merienda, misa, paseo, cena y a la cama, con la única diferencia que ahora tengo con quien compartir estos momentos de aburrimiento... con mi amigo Olegario y con mi hermano Eduardo.

Olegario también participa de monaguillo a la hora de la misa, nunca había sido, pero le gusta la idea de distraerse con este tipo de quehaceres.

Como mi hermano y yo tenemos más tiempo en el barco nos dedicamos a enseñarle todas sus instalaciones a Olegario, y tenemos mucho tiempo para hacer amistad con casi toda la tripulación, incluso llegamos a entrar en el Puente de Mando y conocer al Capital, el cual nos enseña como se maneja el timón y nos deja, de vez en cuando, que cada uno de nosotros se ponga en los mandos del mismo. Parecemos piratas, después de la misa y

antes de la cena ya tenemos por costumbre pasar las horas en este lugar. Nos enseñan a utilizar la brújula, pensamos que al llegar a nuestro destino ya seremos marineros experimentados.

Por fin encuentro una ocupación para toda la travesía que me distraiga y ayude a olvidarme del tiempo.

También le hacemos visitas esporádicas a Adelita, la cocinera. A los camareros de la cafetería o del bar terraza, junto a la piscina... los conocemos a todos.

CAPITULO III

Después de trece días de travesía, el día 7 de julio, se dibuja en el horizonte la silueta de una montaña, todos especulan con lo que puede ser. Según pudimos averiguar, por medio del capitán del barco, se trata de la Isla del Hierro, hemos entrado en los límites marítimos de Canarias y mañana, día 8 de julio de 1.967, llegaremos a la Isla de Gran Canaria y atracaremos en el muelle del Generalísimo alrededor de las 11 de la mañana.

Les paso la información a mis padres, ellos saben que mi fuente es el capitán, por lo que dan por fiable la noticia.

Volvemos a guardar toda la ropa que mi madre había sacado para pasar los días de travesía, solo deja la muda que tenemos puesta y la ropa que nos vamos a poner mañana para desembarcar, también deja fuera los trajes de baño, este va a ser el ultimo día en el barco. Vuelven las despedidas, esta vez podemos despedirnos de los pocos amigos que hemos hecho durante el viaje.

El día es eterno, mi padre se convierte en un amasijo de nervios y no da una a derechas, mi madre no quiere levantarse de la cama, dice que es nostalgia.

Esta tarde, antes de misa, Olegario y yo nos despedimos del cura.

- Don Benito, mañana termina el viaje. – Le comento
- Lo sé – me contesta
- *¿Desembarcás en Gran Canaria?*
- Sí. – le respondo. – *¿Y vos Olegario?*

Hemos pasado 8 días jugando y no le he preguntado a donde va.

- No – me responde – sigo para Barcelona.
- El barco no llega hasta allí – le informa D. Benito – tendrás que hacer trasbordo en Cádiz.

Tanto Olegario como yo nos encogimos de hombros, no sabemos donde está Cádiz, así que no vemos la lejanía entre nuestros destinos.

- Ya nos visitaremos, Ernesto – durante la travesía, tanto mis padres como mis hermanos, se fueron acostumbrando a llamarme “Ernesto”, las amistades que hice el en barco me llaman todos por mi nombre.
- Así es. – le contesto.
- ¿A que isla vas?
- No lo se, D. Benito, – ni siquiera se cuantas islas conforman el archipiélago canario.
- Cualquiera de ellas tiene su encanto, – nos comenta.
- ¿Las conoce?, – le pregunto.
- He estado en Gran Canaria varias veces y una vez en Tenerife.

Lleva varios años como tripulante del Yapeyú, y ha realizado este mismo viaje en varias ocasiones.

Al encontrarme con mi padre en la cena le hice la pregunta.

- Papá, ¿a que isla vamos?
- Mañana llegamos a Gran Canaria, luego tendremos que tomar otro barco para ir a Fuerteventura. Ese es nuestro destino... Fuerteventura.

Con el nombre de esa isla, resonando en mi cabeza, me voy a la cama.

Sábado 8 de julio de año 1.967, siete y media de la mañana, mi padre no cabe en si mismo.

- A levantarse, ya se ve Gran Canaria. – dice mi padre.

Nos vestimos, aseamos y vamos a desayunar, no sin antes pasar por la cafeterita para ver desde allí el paisaje insular.

Se ve una franja amarillenta, según las explicaciones de mi padre, eso es el sur de Gran Canaria y es una playa. Tanto mi hermana como yo nos quedamos boquiabiertos.

- ¿Una playa? – le pregunto como si no le hubiera entendido.
- Si – contesta mi padre – en Fuerteventura también hay playas así, y mas grandes. – puntualiza.
- Vamos a desayunar, – apunta mi madre – dentro de un par de horas, poco más, desembarcamos.

Mientras desayunamos no dejo de pensar que hemos llegado a nuestro destino, miro a mis padres y los veo nerviosos.

- Viejo, – así es como mi madre llama a mi padre – seguro que te meten preso.
- No, – responde mi padre – no te *olvidés* que vinimos repatriados y me aseguraron que no se tomarían represalias contra mí.
- ¿te fías de los *milicos**?
- Tengo que hacerlo, no me queda otra.

Terminado el desayuno nos dirigimos al camarote para vestirnos con la ropa que tiene mi madre preparada para esta ocasión. Mi hermana va con un vestido de gasa color rosado estampado con dibujitos de jirafas, mi hermano y yo bajaremos con un traje de pantalón corto, el mío de color azul marino con una corbata de elástico a juego, el de mi hermano de color verde oscuro igualmente con corbata a juego y los tres vamos con zapatos de charol y calcetines blancos. El resto está preparado, solo es ir a cubierta a ver

Milico: Militar, policía, agente del orden.